
ESTUDIOS HISTORICOS.

Decadencia de España.—Pérdida de su marina.—Consecuencia para las colonias.—
Piratas y filibusteros.—Comercio con los neutrales durante la guerra.—Especi-
ciones navales y su influencia en las ideas americanas respecto de la metrópoli.—
Independencia de los Estados Unidos.

Fieles al programa que nos trazamos al confiar á otras manos la parte política y militante de la REVISTA, que hemos desempeñado en París desde su fundacion, durante un año, nuestros lectores habrán ya observado la índole que llevan nuestros escritos. En la nueva serie de estudios que hemos emprendido y publicado desde setiembre acá, hemos procurado y procuraremos siempre, sin ahorrar trabajo ni diligencia, cumplir el propósito que entonces formulamos.

Queriendo armonizar la utilidad de la enseñanza histórica con las exigencias literarias, lo que puede convenir é interesar á la vez á América y á España, aunque por diversos conceptos, con la necesidad de tratar asuntos nuevos, dignos, provechosos, que abran ancho campo á la meditacion y al estudio de la juventud de ambos hemisferios, á quien nos dirigimos, busquemos en el exámen y conocimiento del *pasado*, cuna y tradicion viva de nuestra sociedad, de nuestros sentimientos é ideas, la esplicacion del *presente*, y las saludables lecciones que nos brinda para el *porvenir*.

Aunque aislados, estos estudios forman parte de una idea general: son los eslabones de una cadena, las piedras diversas de un edificio histórico y filosófico que algun día nos proponemos levantar, si Dios nos concede el tiempo y los medios necesarios para llevarle á cabo.

Con estas breves indicaciones, que una circunstancia especialísima nos obliga á hacer, entremos ya en materia.

Sin que pretendamos ahora engolfarnos inútilmente en la historia política de la monarquía española, notaremos que desde la batalla de Rocroy (1643) empezó á decaer visiblemente, y que la famosa guerra de sucesion redujo esta potencia colosal á la Península y á la América. Es notorio que Felipe V aseguró la corona de España en sus sienes, dejándose arrebatarse la mayor parte de sus florones.

Causas muy poderosas, cuyo origen no nos toca examinar aquí, y que nacieron con el advenimiento y grandeza de la casa de Austria, habían influido y venido preparando la desmembracion del magnifico lote con que la Providencia quiso favorecer al hijo de doña Juana la Loca. La historia, que tiene una marcha lógica é inflexible, nos muestra á la monarquía española desde el apogeo de su gloria, descendiendo lentamente, abrumada bajo el peso de su magnitud en el reinado de Felipe II, vacilante en el de Felipe III, encorvada ya bajo el de Felipe IV, y tendida en tierra al cerrar los ojos el desdichado Carlos II. Aquella nacion

. que un día
Reina del mundo proclamó el destino,
La que á todas las zonas estendia
Su cetro de oro y su blason divino (1).

Aquella temible nacion, cuyas banderas flameaban victoriosas en los diez y seis reinos que cuenta la España actual, en Francia, Italia, Alemania, Africa, en las dos Américas, en el Mediterráneo, en el Atlántico, y en los mares de Asia, vió sucesivamente irse acortando su ilimitado horizonte. Era tanta su altura, sin embargo, que al principio era imposible verla descender: pero el sol de su gloria se anublaba, y en cada jornada alumbraba una estrella menos en el soberbio pendon castellano. Recordemos algunos de los sucesos mas notables, de cuyos antecedentes suponemos instruidos á nuestros lectores.

Sea el primero la insurreccion de los Países Bajos (1572), y la en-

(1) Quintana.

carnizada lucha que empieza entonces para no acabarse sino ochenta años despues con el tratado de Westfalia (1648). La toma de Tunez por los infieles (1464). La destrucción de las dos poderosas escuadras destinadas á abatir el orgullo de Albion: la Invencible, que sucumbió en Gravelines (1588), y contra la cual hasta los elementos se conjuraron para que no justificase el arrogante nombre que se le dió, y la segunda que tan tristemente fué deshecha por una tempestad en el golfo de Vizcaya (1595), pasando de este modo el cetro de los mares á manos de los ingleses, quienes desde esta época hacen ondear sin rivales su roja enseña en el Océano. Recordemos el triunfo de Enrique IV en Yory (1590), y el tratado de Vervins (1598), por el cual se obligó Felipe II á devolver sus conquistas en Francia, y veremos que ya bajo su reinado la monarquía española, abrumada con el peso de su grandeza, era impotente para resistir á los elementos disolventes que las conquistas arrojaran en su seno.

Veinte y tres años despues, su nieto inicia su advenimiento al trono renovando las hostilidades con los holandeses, y su primer ministro se empeña en seguir el sistema guerrero del siglo anterior, impulsado acaso de un loable sentimiento de orgullo nacional y del deseo de restituir á España el lustre y esplendor de que gozara en otros tiempos: pero en vano rompe con la Francia porque protegía á los protestantes, y acepta con júbilo la guerra que esta le declara (1635), tomando ella la iniciativa mas tarde contra la Inglaterra, ó mas bien contra el hipócrita protector de la república anglicana (1655): la fortuna le volvió la espalda.

La gloriosa victoria que alcanzó Tromp en 1639 sobre la escuadra española, aseguró definitivamente la superioridad marítima de la Holanda: Felipe IV, nueve años despues, no solo tuvo que reconocerla como estado libre é independiente y renunciar á todos sus derechos de soberanía, sino que dejó á sus antiguos súbditos el Norte del Brabante, Flandes y Limburgo, con las plazas fuertes de Maestricht, Boisleduc, Berg-op-zoom y Breda, cediéndoles todas las conquistas hechas por ellos en América é Indias.

La sublevación de Portugal (1640), y las inmensas pérdidas de territorio que sufrió España con la emancipación de este reino, en Africa, Asia y América (1), la colocaron al borde del abismo en que debia caer,

(1) Ved la relación detallada que presenta Weis.—España desde el reinado de Felipe II, pág. 288, 290.

revelaron á la Europa atónita la debilidad del coloso que hasta entonces la habia hecho temblar.

Desde la batalla de Rocroy hasta la muerte de Carlos II, casi todos fueron contrastes para las armas españolas: la sublevacion de la Sicilia y Milan, y la rebelion que empezó en Nápoles, encabezada por Tomás Anello, acabaron de postrar á España, tan débil y enflaquecida ya; prepararon su disolucion. En vano la fortuna pareció volverse á reconciliar con ella de 1652 á 1656. Las primeras potencias de Europa se complataban para abatirla.

La envidia y la ambicion veian con recelo que no eran una baladronada aquellas palabras de Felipe II al saber la destruccion de la Invecible armada: «Se ha cortado una rama, pero el árbol está todavía robusto y volverá á brotar.» Comprendian que la nacion española encerraba en su seno tales elementos de prosperidad y riqueza, que solo con dejarla tranquila volveria otra vez á infundirles respeto, elevándose al rango que le corresponde. Por eso se unieron Luis XIV y Cromwell para despojarla de lo que legítimamente le pertenecia (1657): por eso cayeron en Dunes los soldados de don Juan de Austria y de Condé; por eso Felipe IV firmó la humillante paz de los Pirineos, que tan cara costó á España. Dígase lo que se quiera de la nulidad del monarca español, él contribuyó, sin duda, á traer este estado de cosas, pero dificultamos que á no ser un hombre muy eminente, casi un genio, hubiera podido hacer algo mejor en las circunstancias en que se encontró desde su elevacion al trono. Mas bien que desprecio, nos inspira compasion, pues vemos retratado su carácter y la azarosa época en que le tocó mandar, cuando al leer el parte que le anunciaba la derrota de Villaviciosa, dejóle caer exclamando: «¡Dios lo quiere!» y en aquellas desgarradoras palabras con que echaba la bendicion á su heredero en el lecho de la muerte: «¡Dios quiera que sea mas afortunado que yo!»

La guerra que Luis XIV obligó á España á aceptar, imposibilitada de acceder á sus injustas pretensiones, fué el golpe de gracia, digámoslo así, que acabó de postrarla; y la de sucesion, la sancion de los violentos despojos que, merced á las circunstancias dichas, fácilmente pudieron perpetrar en ella sus poco generosos enemigos.

En cambio Felipe V abrió una nueva senda á la prosperidad de la Península, mostrándose mas español de lo que era de esperarse. ¡Lástima grande que no le dejasen un momento tranquilo la politica insidiosa de los gabinetes de Londres y Viena!

A pesar de sus descos de conservar la paz despues de la encarniza-

da lucha que habia sostenido por tantos años, vióse obligado hácia fines de su segundo reinado á declarar la guerra á los ingleses.

Era imposible tolerar por mas tiempo el escandaloso comercio ilícito á que se entregaban con las colonias, defraudando sus rentas é irrogándole otros perjuicios no menos considerables.

El vigoroso impulso que dió á una marina que no existia sino en el nombre, cuando él empuñó las riendas del Estado, no bastó á poner á raya á los altivos britanos, que llevaron siempre la ventaja en esta segunda lucha, que se prolongó hasta el reinado de Fernando VI.

Ensoberbecidos por tan repetidos triunfos, creció en proporcion su altanería y orgullo; así fué que continuaron sus agresiones en América, siempre que se les proporcionaba ocasion favorable. No eran solo las colonias francesas las únicas que codiciaba su ambicion; y este fué uno de los grandes motivos que tuvo Carlos III para aliarse con la Francia y firmar el funesto pacto de familia (1761), y únicamente los varios descalabros que sufrieron las dos potencias celigadas, y entre otras la pérdida de la Habana y Manila por parte de España, le hicieron comprender que mientras no pudiese contrarestar la preponderancia de la marina inglesa, era inútil luchar con los señores del Océano. El tratado de Fontainebleau (1763) vino á sellar el triunfo de estos. Cedióles Francia sus mejores posesiones de América y Asia, y España la Florida, en retribucion de la Habana; tambien perdió la colonia del Sacramento, que fué devuelta á los usurpadores portugueses por un artículo de este tratado.

Era imposible que España y Francia, especialmente esta última, mirasen con indiferencia el tremendo golpe con que abatió su orgullo tan insolente rival. Imposible que viesen con indiferencia aumentarse su poder con sus despojos, y no aprovecharsen la primera oportunidad favorable para vengarse.

Pronto el alzamiento de los norte-americanos (1774) vino á presentarles la ocasion de tomar un desquite fácil y completo. La Francia se apresuró á reconocer su independencia, y España y Holanda se rindieron á ella para proclamarla.

Esto produjo una guerra marítima en Europa, cuyo resultado es harto conocido para que nos detengamos en narrarlo, aunque no pudo ser mas fatal para España.

Destruída entonces su marina y anonadados sus restos en Trafalgar, dejó de ocupar el puesto que otra vez habia vuelto á conquistar entre

las primeras potencias europeas, y pasó otra vez á ser una potencia de segundo orden.

Desviándonos por un momento del sendero en que, mal de nuestro grado, nos arroja la marcha misma de tan complicados acontecimientos, por mas descoloridos que queramos presentarlos, deseando únicamente enunciarlos, como para evocar y despertar los recuerdos del lector, veamos ya la relacion inmediata y el enlace que tienen con el asunto que nos ocupa.

La prolongada lucha que sostuvo Felipe II contra la Inglaterra, acabó de agotar su hacienda, y como se espresa un distinguido publicista, aniquiló por un siglo la marina española.

Desde entonces empezó América á espiar faltas que no habia cometido: las tempestades que se formaban en las nieblas del Támesis y del Sena, iban á descargar sobre ella.

En 1577, poco antes de romperse las hostilidades, Drake atravesó el Atlántico con cinco buques, y llegó á la capital de Chile, desarmada y desprevenida, como que creia en plena paz á la metrópoli. Fueron saqueadas las ciudades marítimas de todo el litoral del Sud, desde Santiago hasta Lima, regresando Drake á Inglaterra con un botin de mas de tres millones de duros. Fué este el primer pirata que á mansalva cometió toda clase de atentados en las posesiones ultramarinas del rey de España. No sin razon le llama Barco

. duro flagelo
Que Dios al mundo dió por su pecado;
. cubrió con crudo duelo
Al un polo y al otro en sumo grado (1).

En 1586, Isabel armó una escuadra que puso bajo sus órdenes. Penetró Drake en Santo Domingo, incendió algunas casas, saqueó los conventos y las iglesias, y obligó á los habitantes á que le pagasen un rescate de 25,000 ducados.

Alentado con este fácil triunfo, se dirigió á Cartagena, de la que se apoderó despues de una débil resistencia de las fuerzas españolas, condenando á la ciudad á pagar 112,000 ducados. Las ciudades de San Antonio y Santa Elena, situadas en la costa de la Florida, fueron entregadas al pillage. Regresó á Inglaterra con un botin inmenso.

(1) La Argentina, poema histórico del arcediano don Martín del Barco Centenera. —Canto I.

Barco nos ha conservado detalles muy curiosos sobre las presas que hizo en el Perú y en el Río de la Plata, y el terror que había llegado á infundir su nombre.

Tocábanse las cajas y campanas,
Y con temor y miedo al mas valiente
Vereis cargar de hierro y partesanas;
El súbito temor tan de repente
Causaba andar las gentes como insanas;
Y como de este caso en duda estaban
Con pequeño momento vacilaban.

La turbacion y priesa yo decilla,
Aunque quisiera hacer un largo canto,
No podré; cabalgaba uno sin silla,
El otro, aunque con silla, con espanto,
El otro iba sin freno en su baquilla,
El pecador temia y el mas santo:
Al fin todos estaban temerosos,
Y de futuros males recelosos.

Los negros la ocasion consideraron,
Y acuerdan entre sí un ardid famoso:
Los frenos á sus amos les hurtaron,
Ardid sutil de guerra y peligroso.
Entre ellos el concierto fabricaron
Con ánimo maldito y alevoso,
Pensando que Francisco allí viniera,
Y en libertad á todos les pusiera.

Sus amos los caballos ensillaban
A gran priesa, de miedo todos llenos,
Y las espuelas calzan, y tomaban
Las lanzas en las manos: mas los frenos
No hallan, aunque mas los procuraban (1).

No fué menos terrible el espanto en Buenos Aires cuando Cavendish se apoderó y saqueó á Santos.

«Vereis en Buenos Aires discernirse
El caso con diversos pareceres;
Procura cada cual escabullirse,
Llevándose consigo sus haberes.

(1) Canto XXII, pág. 247.

Al fin han procurado convenirse
 En que salgan los viejos y mugeres
 Y frailes y muchachos del poblado,
 Y que á la mira quede allí el soldado.

La mísera hacienda recogida
 A priesa, de tropel y sin concierto,
 En carros y carretas fué metida,
 Que huir, todos dicen, es lo cierto.
 La tierra adentro salen de corrida,
 Dejando los soldados en el puerto;
 En centinela están de noche y día,
 Y cada cual igual temor tenia (1).»

La toma del navío San Juan, cargado de plata y oro, fué la mejor presa del espléndido botín de Dracke, si no miente el autor de la Argentina.

«Aquesta fué la presa mas famosa,
 Y robo que jamás hizo corsario:
 Su hambre, tan canina y tan rabiosa,
 De plata bien hartó aqueste adversario;
 Que es cosa de decir muy monstruosa
 El número de plata, y temerario
 Negocio nunca visto ni leido,
 Que á corsario jamás ha sucedido (2).»

Al mismo tiempo que Dracke ejercía impunemente sus piraterías en las colonias, Cavendish cruzaba las costas de España esperando la vuelta de los galeones ó de los buques mercantes, empezando á favorecerle la fortuna con la captura del Santa Ana, perteneciente á estos últimos, y que venia de Manila con un rico cargamento de metales y mercancías preciosas. Un enjambre de aventureros, siguiendo sus huellas, se deramaron por el Mediterráneo, el Océano Atlántico y las costas de América, ya para apresar algun buque, ya para saquear alguna ciudad mal defendida.

Cavendish no fué tan feliz como su antecesor, pero sí mas cruel. Era tal la fama que habia dejado Dracke, que creyendo fuese él cuando Cavendish apareció en las costas del Perú, poblaciones enteras abando-

(1) Canto XXVII, pág. 299.

(2) Canto XXII, pág. 248.

naron la costa y se refugiaron al interior. En Puna, fué tal su ira y despecho al ver que se le frustraban sus esperanzas, que, no pudiendo hallar á nadie, se divirtió en hacer tirar al blanco á una cruz.

«Saltó el inglés en tierra, y al poblado
Llegó con furia cruel y repentina;
Y como le ha hallado despoblado,
Con su rabia diabólica y maligna
A una santa cruz ha escopetado,
Robando lo que halla allí. (1).»

Se comprende que con hombres semejantes ni el sagrado de los templos bastaría á poner coto á sus demasías: en Santos se habían refugiado á la iglesia algunos centenares de desgraciados, despavoridos, trémulos, en el lamentable estado que nos pintan los siguientes versos:

«. aquella gente miserable
En la iglesia se estaba; el adversario
La cerca, ya es el caso irreparable:
Entrando, matar quiere allí al vicario,
Y á un fraile, caso horrendo y detestable.
Que el templo profanando el temerario,
Imágenes, reliquias de consuelo,
Con irrisión echaba por el suelo (2).

.
También los viejos, claman suspirando,
Los mozos allí miran hácia el cielo,
Las damas y doncellas lamentando,
Cubrían con sus lágrimas el suelo:
Los tiernos muchachuelos sollozando,
Publican su dolor y desconsuelo.

Al corazón humilde y doloroso,
Envuelto en contrición nunca aborrece
El Alto; y al que ve menesteroso
De su socorro, bien le favorece:
Pues ¿quién no había de estar allí lloroso
En Santos, do la causa tanto crece
Con robos, destrucción, y cautiverio,
Flagelios, tiranías, improprio? (3)»

(1) Canto XXVI, pág. 295.

(2) Canto XXVII, pág. 298.—

(3) Canto XXVIII, pág. 311.

Esta descripción hecha por un contemporáneo que estuvo en el teatro de los sucesos, está todavía muy lejos de pintar con las negras tintas que exigiria, el cuadro de desolacion que presenta la América, do quiera que semejantes foragidos llegan á clavar su lábaro de muerte. En 1594 se apoderan los ingleses de Fernambuco y lo saquean, haciendo lo mismo en Fazo, Segres y demas fortalezas del cabo de San Vicente, llevándolo todo á sangre y fuego: escenas horribles que se reproducen en 1597.

En 1617 se apoderan los franceses de la isla de Tamaraca y saquean los ingenios de Bahia y Illheas, causando estragos no menos considerables.

En el reinado de Felipe IV se apoderan los ingleses de la Jamáica, desde donde, dominando todo el golfo de Méjico, acechaban á los galeones que venian á España. El principal conato de Cromwel fué romper toda comunicacion regular de la metrópoli con sus colonias. La primera orden que dió á Blacke y Montagne, dice Villemain (1) fué que acechasen el regreso anual de aquellos tesoros. Los dos almirantes fueron á cruzar delante de Cádiz al frente de una numerosa escuadra, y desde la altura de las costas de España, cerraban el derrotero de América.

Los insurrectos holandeses por su parte, no se contentaron con crear una marina que muy pronto alcanzó renombre y obtuvo algunos triunfos sobre los españoles, siendo el mas insigne, en sus primeros tiempos, el que consiguió Heemskirk en la bahía de Gibraltar: no se contentaron con bloquear los puertos de Cádiz y Lisboa, y enriquecerse con repetidas expediciones á las colonias Ibéricas de las dos Indias, sino que aspiraron á ensanchar su dominio á espensas de la misma nacion que los consideraba como rebeldes. En 1621, cuando concluida la tregua de doce años Felipe III renovó las hostilidades, la compañía holandesa de las Indias Occidentales, contaba con una escuadra de ochocientos buques, que enviaba en corso y no entraba en sus puertos, sino cargada de ricos despojos. En trece años apresó quinientos cuarenta y cinco buques, cuya venta produjo la enorme suma de 180.000,000 de libras. Estos resultados decidieron á la compañía á intentar la conquista del Brasil. El príncipe Mauricio de Nasau dirigió la expedicion. Sujetó todo el litoral de la América del Sud, desde San Salvador hasta el rio de las Amazonas, y conservaron los holandeses la mayor parte de

(1) Hist. de Cromwel, pág. 139.—

estos dilatados países, hasta que se los restituyeron á Juan de Braganza, rey que fué de Portugal (1).

Los holandeses pusieron el pie en el Brasil apoderándose por sorpresa de la ciudad de Bahía (1624), y con la toma de Fernambuco (1630), fueron sucesivamente cayendo en su poder las fortalezas de Rio-grande, Porto-calbo, de Tamaraca; las ciudades de Parahiba y Seará y todos los establecimientos que se dilataban hasta Sirejipa sobre trescientas leguas de costa.

Merece recordarse la tenacidad con que los colonos portugueses se negaron á reconocer la fusión de las coronas de España y Portugal, y los desesperados esfuerzos que hicieron constantemente para sustraerse á todo dominio extraño y conservar intactos los derechos de su metrópoli. Su lucha con los holandeses es uno de los episodios mas notables de la historia del Brasil y la imponente figura de Viera y sus compañeros de infortunio, comprando con su sangre la libertad de su patria adoptiva, es un tipo de lealtad y valor, digno de figurar al lado de los de Gama y Albuquerque. Nada importa que sucumbiesen: hay contrastes que dan mas gloria al vencido, que honor y prez al vencedor.

Tal fué el resultado de las agresiones de las potencias enemigas. ¿Añadiremos á este cuadro, ya tan sombrío, otro tan extenso de los piratas y filibusteros? No: bastarán algunas pinceladas para la perfecta inteligencia de lo que queremos demostrar.

Un artículo secreto del tratado de Vervins, que restableció la paz entre España y Francia, establecía líneas al Sur y al Oeste, que se llamaron líneas del mercado de las amistades; y se convino en que de la otra parte del trópico de Cáncer al Sur, y del meridiano de las Azores al Oeste, no habria paz entre los súbditos de ambas naciones; de manera, que los buques españoles y franceses que vinieran á encontrarse entre estas líneas, podrían perseguirse unos á otros, y las presas se juzgarían legítimas como si se hubieran hecho en tiempo de guerra, sin que por esto se creyese quebrantada la paz.

Los ministros de Enrique IV comunicaron verbalmente esta cláusula á los comerciantes de los puertos franceses. Vióse entonces á los armadores del Habre, Dieppe, y Saint-Maló, asociarse para emprender largos viages. Sus buques cargados de contrabando no partían para las Indias, sino armados como si fueran de guerra, y dispuestos á sostener la pelea con los que vinieran á atacarlos. Si encontraban en el cerco de

(1) Weis, España desde el reinado de Felipe II, pág. 248.—

las amistades algún navío español separado de la flota ó de los galeones, le apresaban y le conducían á Francia; de modo que estos viajes eran muy lucrativos. En 1626 fué tomado en el cerco de las amistades un navío español ricamente cargado, y reclamado por el embajador de España, no por eso dejó de ser juzgado como legítima presa en el consejo del rey (1).

Este fué el origen de los filibusteros; es decir, la hez y escoria de los puertos de Francia, Inglaterra y Holanda. Los hombres mas perversos y de costumbres mas estragadas y licenciosas que se reunieron, protegidos por los armadores franceses, con el objeto de robar y devastar las posesiones españolas de América.

Hacia mediados del siglo XVII comenzaron á hacerse célebres por sus depredaciones: la pequeña isla de la Tortuga, situada al Norte de Santo Domingo, fué por mucho tiempo el punto de reunion de los primeros bandidos, despreciados al principio, y muy pronto tenidos y mirados como una legion infernal, como un azote de Dios, como una plaga ó calamidad espantosa, por los pacíficos habitantes de las colonias.

Empezaron sus hazañas en las costas de Santo Domingo, Cuba y Nicaragua: la fama de sus crímenes se esparció velozmente por toda la extensión del vasto hemisferio americano, llenando de terror y espanto á todos; pues todos tenían que perder, quien la honra, quien la vida, quien la fortuna, y quien las tres cosas á un tiempo.

Angustiosa era su situacion en verdad: la metrópoli no podia tener en todas partes un numero de tropas, suficiente para precaver cualquier desastre, y fuese desconfianza ú otro motivo semejante, no les consentia que se armasen por su cuenta. Frecuentemente el armamento de las milicias y guarniciones se encontraba en una situacion tal, que escitaría la risa, á no despertarse tristes y dolorosas reflexiones. Las poblaciones, desde Guayaquil hasta Lima, dicen los autores de las *Noticias Secretas*, estaban sobre este particular en un estado tan malo, que en los cuerpos de guardia de cada pueblo donde se juntaban las milicias y se guardaban las armas, solo se veían pedazos de palo con espigas de hierro, atadas á la punta con preteusiones de lanzas; cañones de escopetas y arcabuces antiguos sin llaves, ni mas cajas que un pedazo de palo, al que estaban amarrados con un cordel, de tal modo, que algunas veces los vimos disparar, teniéndolo uno y apuntando, mientras que el otro le ponía fuego.

(1) Weis, obra cit., pág. 548.—

« Este es el modo en que estaba todo, y aunque había gente, no podía hacer nada cuando llegase el caso de salir á función por falta de armas (1). »

Esta circunstancia, que no ha sido apreciada por ninguno de los escritores extranjeros que conocemos, rebaja mucho el mérito de las arriesgadas y atrevidas expediciones de los filibusteros en el continente, y explica también la facilidad sorprendente con que se les lograban casi todas.

Se cuentan rasgos casi increíbles de su audacia, arrojo y valor, pero que no sabemos como calificar, estando mancillados por excesos y atrocidades de todo género. Ciertamente los extranjeros que se muestran tan severos cuando hablan de los españoles con los indios, no recuerdan lo que hacían sus compatriotas, no ya con infieles y salvajes sino con cristianos como ellos, hijos del mismo tronco y de la misma civilización con sus mismos hábitos y costumbres. Legránd, Scott, Mansfield, David, Morgan, Groningwæ, Bartolomé, Franc, Vaudin, Alejandro brazo de Hierro, Brouage, Montauban, Nau, Miguel el Basco, Montbats el Esterminador, Grandmont, Vanderttoru, Pointis y tantos otros que sería muy extenso enumerar, han dejado su nombre escrito con sangre, donde quiera que estamparon su planta maldita.

Es imposible que los mas impíos y perversos españoles les hayan escedido en ferocidad y crueldades: no se contentaban con esperar á los buques que salían de los puertos y sorprenderlos alevosamente; no se contentaban con incendiar las plantaciones y robar los esclavos; con entregar al saqueo las ciudades y pueblos indefensos, imponiéndoles exorbitantes contribuciones, sino que profanaban los templos, daban tormento á los infelices que caían en su poder, sobretesto que habían ocultado sus tesoros; degollaban á las guarniciones y tripulaciones enteras, incendiaban las ciudades, hollaban el pudor de las mugeres y hasta se ensañaban con las criaturas.

Generalmente acostumbraban embriagarse antes de dar sus golpes de mano, y ¡ay de los que se atrevían á resistirles ó se negaban á satisfacer al punto sus descabelladas exigencias! Ni la edad, ni el rango, ni la inocencia, ni el pudor, ni la virtud eran respetados. Verdaderos demonios en figura de hombres, parecia que el infierno los había vomitado para castigo y azote de sus semejantes. De 1650 á 1693 Campeche, Granada, Puerto-Príncipe, Portobello, Maracaybo, Santa Catalina, Pa-

(1) Pág. 179.

namá, Veracruz, Cartagena fueron sucesivamente presa de su rapacidad. Algunas de estas ciudades cayeron en distintas ocasiones bajo su yugo; duró en algunas el saqueo mas de quince dias consecutivos, y el botin ascendió á mas de seis millones de libras esterlinas.

El relato de sus crímenes llenaria volúmenes enteros: la mas sórdida é insaciable avaricia, la mas atroz crueldad, la mas desenfrenada lujuria, el cinismo mas desvergonzado é insolente, la mas inaudita y bestial impiedad eran las cualidades que los recomendaban. No olvidamos su valor é intrepidez; pero dejamos la tarea de ensalzarlos á Mr. Corbierre y Souvestre, Sué y Dumas, Cooper y el capitan Marryat, para nosotros solo fueron unos *foragidos* en toda la estension de la palabra. Por el cuadro que presenta el autor de la Historia de Puerto-Rico (1) de lo que sufrió este puerto, así como por el que se lee en su libro, hoy bastante raro, (*Espelho de lusitanos*) y que se refiere solamente á lo que padecieron las colonias portuguesas bajo la dependencia del gobierno español; cotejando ambos con la rápida, pero valiente reseña que hace de los filibusteros el señor don Ceferino Ferrer en su erudita «*Exposicion historica de las causas que mas han influido en la decadencia de la marina española*» (2); puede calcularse lo que sufrían las restantes.

Ahora bien, se ve que la preponderancia de los extranjeros que mas perjudicial á la América que á España bajo mas de un concepto, especialmente la de Inglaterra, que por medio de su formidable marina, impidió frecuentemente su comunicacion, y al paso que bloqueaba los puertos de la península, hacia lo mismo con los del Nuevo Mundo espiando innumerables patentes de corso, como si quisiera confiar su venganza á la mas ciega y audaz de las pasiones humanas: la avaricia: como si quisiera justificar el dicho del poeta,

. cuajado
Trae el mar de corsarios su mandado (3).

mientras ella y ellos hacian sin obstáculo alguno las proezas que hemos visto; esto es, arruinaban, vejaban, asesinaban á los colonos, revelándoles de este modo la impotencia y nulidad de la metrópoli, inspirándoles

(1) Capítulos XVII. XVIII. y XIX.

(2) Páginas 44 á 49. Barcelona 1849.

(3) Argentina. Canto XXVI. p. 24.

á la vez, por el mismo sentimiento de su propia conservacion y bienestar, el natural deseo de salir de un estado que no les atraía mas que continuas agresiones y desastres sin que el agonizante poder de la metrópoli alcanzase á ampararlos y guarecerlos de sus tiros, por mas vehementemente y sincero que fuese su anhelo.

En esta situacion, hasta las providencias que tomó el gabinete de Madrid, deseando conciliar sus intereses con el bien y las necesidades de sus vasallos de Ultramar refluieron en su daño, en su mengua y descrédito.

Las circunstancias le obligaron y quiso él acceder á una cosa tan razonable; permitió en distintas ocasiones, dar mas amplitud al comercio y admitir á los neutrales en los puertos de América para resarcir en parte á los colonos de los quebrantos y pérdidas que sufrían y llenar al mismo tiempo sus arcas agotadas. Los resultados de esta medida no pudieron serle mas funestos, si hemos de creer á Humboldt.

«La libertad de comercio con los neutrales que la corte de Madrid, obedeciendo á circunstancias imperiosas, acordó de vez en cuando á la isla de Cuba; á la costa de Caracas, á los puertos de Veracruz, Montevideo y Buenos Ayres, puso á los colonos en contacto con los anglo-americanos, franceses, ingleses y daneses. Dichos colonos, se han formado ideas mas exáctas que las que tenían sobre el estado de España, comparado con el de las demas potencias de Europa, y la juventud americana sacrificada una parte de sus preocupaciones nacionales, ha tomado una predileccion marcada por las naciones, cuya ilustracion está mas adelantada que la suya (1).»

De tan autorizado testimonio deducimos, no solo lo que indicamos en nuestro anterior artículo (2) al hablar de los inconvenientes que ofrece la libertad de comercio al sistema colonial, sino que tambien justificando las naturales simpatías de la juventud americana hácia otras naciones mas poderosas é ilustradas, nos revelan cuan difícil era, por no decir imposible, que una nacion que ni siquiera se estacionaba, sino que retrocedia en su camino, pudiese resistir al embate de las nuevas, fecundas ideas, por medio del comercio, sus rivales y enemigos arrojaban palpitantes del seno de una sociedad, constituida del modo que hemos visto en los citados artículos.

(1) Essai sur la nouv. Es. tom. V. pág. 64.

(2) Véanse los números de la Revista de Diciembre y Enero.

Para colmo de desgracia, una serie de desaciertos políticos llevó á España al borde de su ruina y acabó de hacerle perder el poco prestigio que aun conservaba en las colonias.

Desde la paz de Basilea (1795) se convirtió en satélite de la Francia, y en vez de brillar con luz propia, apenas reflejó la que venia del otro lado de los Pirineos.

Obedeciendo á su impulso, tuvo que declarar otra vez la guerra á la Gran Bretaña, para sufrir nuevos quebrantos, ver completarse la ruina de su crédito y de su marina, y comprar tan caramente la paz de Amiens (1802) que mas bien que paz, debería llamarse tregua, pues la Inglaterra, con su acostumbrada mala fé, rompió de nuevo las hostilidades, cuando no habian transecurrido dos años.

Tiempo hacia que esta orgullosa nacion veia con ojeriza la influencia que ejercia la política de Bonaparte en el gabinete de Madrid, y bien porque desconfiase de sus intenciones, porque es tradicional en ella empezar las hostilidades sin previa declaracion de guerra, fué á descargar el rayo de su venganza en las colonias, acaso con la esperanza de recobrar en la América del Sur lo que habia perdido en la del Norte.

Sus tentativas ningun resultado satisfactorio le produjeron. Se estrellaron contra el valor y decision de un puñado de españoles y americanos, secundados por las arraigadas y justas preocupaciones que todavia en el orden religioso y político existian contra los extranjeros.

La generalidad, apegada á sus creencias, supersticiosa acaso, nada queria con *hereges* y *piratas*, nombres que los colonos les dieron desde un principio, en contraposicion al de *defensores de la religion y del trono*, que adoptaron ellos.

La juventud decente y los hombres de alguna ilustracion, nada querian con los que habian derramado la primera sangre vertida en aras de la libertad; y no se les ocultaba tampoco que su condicion seria al fin la misma ó peor bajo el dominio británico que sometidos á otro, que contando trescientos años de existencia, habiase gastado ya, y les seria mas fácil sacudir en circunstancias dadas.

A esa y no á otra causa debe atribuirse el valor y decision con que rechazaron en el rio de la Plata las dos expediciones que tuvieron lugar de 1804 á 1807.

Pero si en este punto estamos tan distantes de las opiniones del señor Torrente y de todos los escritores españoles que han seguido sus huellas, no podemos menos de convenir en algunas de las observaciones que hace sobre el resultado que produjo ese violento estado de co-

sas, y aun el mismo triunfo alcanzado por los realistas. Hé aquí como se espresa:

«Este gran triunfo (la rendición de Beresford) sin embargo, produjo efectos muy contrarios á la estabilidad del dominio español, porque debilitado con la complicación de los sucesos, el imperio de las leyes y el respeto hácia las autoridades, se extinguía totalmente aquel prestigio tan necesario para conservar el pueblo en la sumisa dependencia; y aprovechándose los intrigantes del necio orgullo y torpe imprevisión de la muchedumbre, fueron socavando el edificio del gobierno, envolviendo con sus criminales maquinaciones á los que, deslumbrados con la precaria aura popular no conocían que su verdadera existencia política, y la mas firme égida de sus personas, estaban identificados con la conservación de las leyes y magistrados (1).»

«Hasta el mismo gobierno se deslumbró con el brillo y pompa de los naturales: aquel entusiasmo que se notaba en todas las clases, la emulación de gloria, los desprendimientos generosos, la general disposición de sacrificarse todos por sostener el honor de las armas españolas y la firme decisión y confianza con que desafiaban al gran poder británico, hicieron creer que un pueblo dotado de tan nobles sentimientos no sería capaz de volver las armas contra aquel mismo soberano, que de tan buena fé se las había confiado para su propia defensa (2).»

«Los ingleses habían sembrado varias semillas de discordia con el objeto de fomentar en los habitantes su afición á la independencia. Su comercio clandestino, con el que se habían enriquecido algunas familias, escitó en otros el deseo de que continuase aquel desorden en la administración: el ayuntamiento y los cuerpos voluntarios, compuestos en su mayor parte de la gente mercantil, lejos de apoyar la autoridad para cortar tales excesos, los favorecían porque se hallaban interesados en ellos: el gobierno tenía que tolerarlos á su pesar, porque de quererlos resistir abiertamente, habría quedado desairado. No fueron pocos los casos en que los comandantes de los cuerpos llegaron al extremo de atropellar á los empleados y guardias de la Real Hacienda.»

«Por otra parte, todos estos cuerpos que en su origen no habían irrogado gasto alguno, ensoberbecidos con sus recientes triunfos, se hicieron tan exigentes que fué preciso darles un sueldo mayor á los

(1) Hist. de la rev. hisp.-am.—t. 1. p. 40.

(2) Ibidem, p. 43.—

mismos veteranos y cuanto podía sostener su lujo y extravagancia ¡Desgraciado el gobierno que se ve en la necesidad de tener que halagar á la fuerza armada! Cuando las masas ignorantes llegan á penetrarse de su valor é importancia, se convierten en verdaderos enemigos del mismo gobierno por el que debieran sacrificarse. Tal fué el resultado en Buenos-Aires: el virey conocia estos inconvenientes, y no veia otro remedio á tan grave mal sino la insensible reforma de aquellos cuerpos. Para llevarla á efecto se pidieron tropas veteranas á España, sin las cuales era imposible destruir el maligno contagio insurreccional que iba cundiendo por América, ya con las intrigas de los extranjeros, ya con la lectura de nuestros publicistas y modernos filósofos, y ya finalmente con algunas furtivas publicaciones de los americanos mas bulliciosos y atrevidos.»

«Con tales elementos no es extraño que el espíritu de revolucion recorriese con rapidez largos espacios y fuese preparando la opinion de los pueblos para declararse contra el dominio español, tan pronto como se les proporcionase una ocasion favorable, en la que pudiesen con menos riesgo entregarse á la ejecucion de sus atrevidos planes (1).»

Muchas observaciones, ó mejor dicho, rectificaciones podríamos hacer á este juicio del señor Torrente, que exacto en el fondo, en cuanto se refiere á la influencia ejercida por la invasion extranjera, peca, como toda su voluminosa obra en la justa apreciacion de los hechos, anteriores y posteriores, por el espíritu y la parcialidad que mueven la pluma del autor. Esperamos probárseles otro día *hasta la evidencia* con su misma obra en la mano, segun tenemos ya ofrecido, haciendo un estudio imparcial y concienzudo de su titulada *Historia de la revolucion Hispano-americana*.

Cúmplenos al terminar este artículo, poner aqui de bulto como una de las fases mas importantes de la lucha con Inglaterra, la imprevision y gravísimo error en que incurrió España, respecto de los Estados-Unidos. Apenas se concibe como una metrópoli que poseia colonias tan extensas y ricas, se adhiriese á una liga en favor de un pueblo colonial y pelease por la libertad de los norte-americanos, legando tan funesto ejemplo á las demas potencias y á sus propios colonos.

Consecuencia del funesto pacto de familia, esa guerra le fué doblemente fatal: «brillando una vez en la América anglicana el relámpa-

(1) Hist. cit. tom. 1. p. 19.

go de la independencia, dice Filangieri, ¿no comunicaría su luz á todo el resto de aquel vasto continente?...» Estas pocas palabras reasumen todos los cargos que podrian hacerse á la metrópoli, y están indicando, sin necesidad de mas comentarios, la funesta trascendencia que un hecho semejante debia ejercer en las ideas de la generalidad de los hombres capaces de comprenderlo. Mucho mas si se considera hasta donde se estenderia su influencia en América, si en Europa, como supone un famoso escritor (1) fué la causa inmediata de la revolucion francesa.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

(1) Chateaubriand, *Essai historique, politique et moral sur los revolutions*, p. 420. Londres, 1820.